

Se produjeron rabias de celos, y otra vez la mujer regresó a la institución psiquiátrica. Irónicamente, cuando le explicó a su médico la historia del *ménage a trois* y el ángel-diablo, el médico lo consideró todo como una alucinación típica. Mientras tanto, mi paciente perdió absolutamente todo control. Fue inmediatamente después de esos sucesos cuando inició los análisis.

—Ahora, ¿puede usted tratar de adivinar algo? —me preguntó irónicamente la paciente, después de hacerme ese relato—.

—Así es —repliqué—. Primeramente, en cuanto a su deseo de avanzar en la escala social, ¿no se basa eso en su necesidad de cancelar una desgracia social? De niña, ¿sintió usted que su familia estaba en la desgracia? ¿Y por qué? En segundo lugar, su juego de “sé algo, pero no se lo diré; ¡tendrá que adivinarlo!” Eso me hace sospechar que jugaba a algo similar durante su infancia y que involucraba cuestiones sexuales. En ese caso, estará repitiendo en la actualidad, de manera activa, lo que ocurría pasivamente durante su infancia. O bien, el juego de las adivinanzas puede tener relación con su sentimiento o su conocimiento de que hay algo vergonzoso en la historia de su familia, de modo que se vio forzada a adivinar ciertas cosas. En tercer lugar, sus relaciones con esa mujer psicótica. **¿No se da cuenta de que se trataba de una relación homosexual definida? Por mediación del esposo, tenía usted el coito con la esposa.** Al mismo tiempo, la odiaba y triunfaba sobre ella, porque ésta no podía lograr una erección de su esposo, y usted sí.

La crueldad de mi paciente hacia la pobre mujer, le expliqué, demostraba que la base secundaria de sus tendencias homosexuales era de agresión y odio. Daba la impresión de ser algo más que homosexualidad inconsciente.*

Entonces, le pregunté:

—¿Ha tenido alguna vez relaciones homosexuales? Nunca mencionó eso, ni siquiera lo insinuó. Y, en cuarto lugar, ¿no ve usted que invadió un hogar infeliz, pero honorable, y lo transformó en un burdel?

Mi paciente no respondió a mis preguntas, ni negó que mis adivinanzas hubieran dado en el clavo. Pálida, fría y reservada, se fue. No se presentó a sus siguientes citas. Cuando regresó, admitió que el análisis no había sido tan baladí como había supuesto.

—Casi todas sus hipótesis fueron correctas. Creo que será mejor que le cuente todo.

Era un relato fantástico. Su madre era una mujer extremadamente agresiva, tiránica y dominante. Su padre murió de neumonía, antes de ella nacer. Su madre se sostenía, junto con su hija, manejando un burdel en una ciudad provinciana. La paciente no tenía más que cinco o seis años de edad cuando comenzó a comprender las burlas de que hacían objeto a su madre. Un día, alcanzó

a escuchar una conversación entre su madre y un sacerdote; los consejos de este último recibían respuestas cínicas y groseras. La niña nunca se atrevió a presentarse a su madre con sus preguntas. En lugar de ello, se dirigió a una de las mujeres del burdel, que actuaba como directora de tiempo parcial y pasaba muchas horas con la niña. Le respondió evasivamente, con la frase de:

—Ya lo averiguarás.

Esa era la adivinanza que repetía en la situación de transferencia.

A partir de ese momento, se sintió socialmente desgraciada; esa era la base de su aristofilia en la vida posterior. Sin embargo, su principal problema era el de manejar su odio verdaderamente fanático hacia su madre, un odio que contrarrestaba el apego masoquista reprimido. Su solución era la homosexualidad, que constituía una coartada, declarándose: “No la odio, sino que la amo.” Sin embargo, el odio reprimido apareció en la superficie por un camino de rodeo, como lo ponía de manifiesto su reacción ante la esposa psicótica de su amante.

—Lo que me impresionó verdaderamente —confesó—, fue el hecho de que dijera que había convertido en un burdel el hogar de mi amante. Si es usted capaz de ver un burdel en mis actos, sin conocer ninguno de los hechos, debo ser una persona de características demasiado evidentes.

Sin embargo, la existencia del burdel en su pasado no era el factor decisivo en el desarrollo de la paciente. Todos sus actos neuróticos se debían a su odio defensivo contra su madre. Su casamiento autodestructivo con un ratero de poca monta, fue un gesto mágico; consintió y cuidó al hombre, carente de valor, como reproche inconsciente hacia una mujer que ya estaba muerta: **“No cuidaste a tu hija y yo cuido hasta a un extraño.”**

Resultaba interesante el hecho de que había adoptado las opiniones de su madre, tanto sobre los hombres como sobre las mujeres: le desagrataban los hombres que eran “suficientemente estúpidos para pagar por el sexo”, y despreciaba a las mujeres. Sin embargo, para su propia decepción, la paciente se representó como una mujer en un burdel, y el sentimiento predominante en esas fantasías era el de un sentimiento cálido hacia las demás mujeres. Con frecuencia se imaginaba que tenía relaciones sexuales con un hombre que las tenía también con alguna otra de las mujeres —la fantasía que convirtió en realidad en el hogar de su amante—. Incluso la competencia del burdel se repitió en esa relación, porque las mujeres del burdel sentían orgullo al lograr erecciones de hombres impotentes.

* La impresión superficial era “el hombre como puente hacia la mujer” (Freud) y una reproducción de la situación edipal, identificándose la mujer con el padre. La cantidad de odio por parte de la paciente hacia la mujer psicótica (substituta de la madre) era tan abundante que podía percibirse la base masoquista profundamente reprimida.



MADRE ENLOQUECIDA

En el anochecer fue la noticia.
Como por remolinos levantada,
del vientre a la cabeza se le subió la sangre.

Trazó una cruz sobre la puerta
y abandonó la casa.
Dejó ya para siempre sin alimento a las palomas,
y echó sobre los surcos de la huerta
la cal de los olvidos.

En las manos, un azadón llevaba.

Subió al monte oloroso.
Pisó el rubio berceo.
No sentía los pies.
Gritó en la soledad.
Calló de golpe.
Hundió el hierro a sus pies.
Vio la imagen del hijo en su febril locura,
y comenzó a cavar la tierra.
Sin ritmo sollozaba:

—La vida sólo quiero
para encontrar tu fosa y abrazarte.
No quiero que te ensucies el pelo que cuidabas.
No quiero que te oprima los hombros el correaje.
Ni que tus pies de corzo se apesten con las botas.
No quiero que te muerdan los topes las mejillas.

Y cavaba. Y cavaba.

—Si supiera en dónde está la lengua
que te gritó "¡a las armas!", juro que la arrancara
para que no pudiera en el juicio final
a Dios hablarle.

(Desde la nuca, el pelo le brincó partido en bandas).

—Juro que si pudiera, cortase a machetazos
las manos que fabrican la pólvora y el napalm,
los dedos que dibujan los mapas de la guerra.
Juro, que si supiera adiestraría
sólo a buitres y a cuervos para que se comieran
los ojos y la lengua del que manda...

Y cavaba. Y cavaba.

—¡Si supiera el camino de las zarzas de alambre!
¡Si encontrase el repecho donde te acribillaron,
absorbería mi boca tu reguero,
masticaría la tierra hasta gustarte!...

Gritando cavó un hoyo.
Eléctricos sus brazos subían y bajaban.

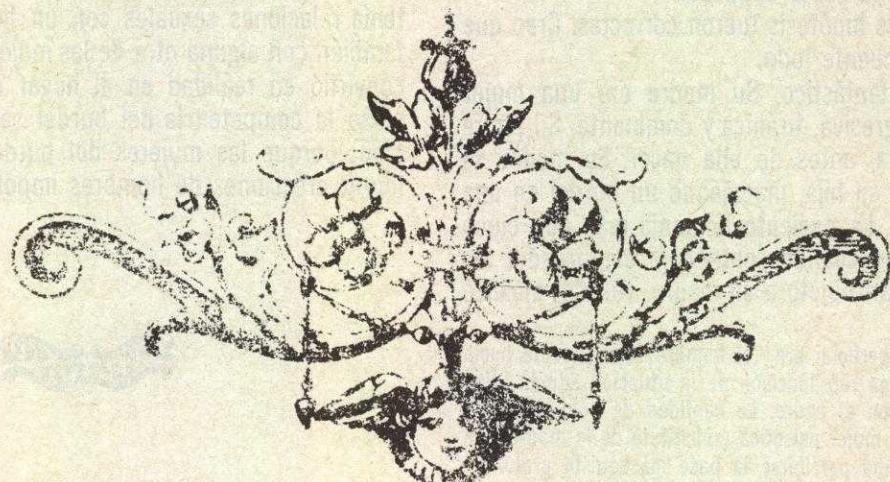
—¡Tu **cabezal**!... ¡Tus **pies**!... ¡Te **estás helando**!...
Te lo voy a poner, te lo he traído,
el anorak azul de las montañas...

Y cavaba. Y cavaba.

Hacia su frente disparóse el hierro.
Dentro quedó la sangre coagulada.
Y a la luz de la luna

—negro y blanco su cuerpo, como una golondrina—
se descolgó hacia abajo,
y se hundió en el silencio eterno hacia el hijo.

Sagrario Torres
(española)

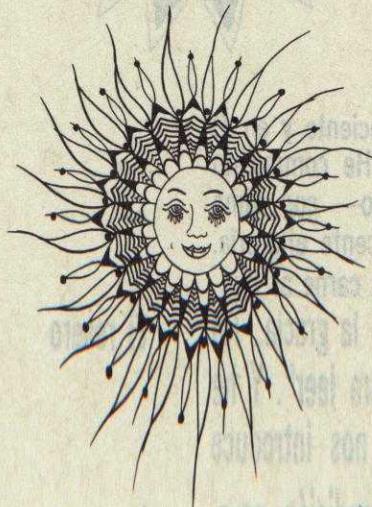


Los

“Romances paisanos”

de León Benarós

Luis Ricardo Furlán



Decíamos hace una década y con motivo de la publicación de sus *Décimas encadenadas*, de la obra de León Benarós: “Refleja la intensa búsqueda y la sugerencia que el acervo íntimo de la pampa argentina da a su vocación literaria, y la continuidad de una evaluación espiritual y juglaresca de un sentimiento del canto cuyas proyecciones étnico-sociales inciden en toda la conformación y arquitectura del país interior. Esta significativa orientación de Benarós hacia el centro mismo del mapa subjetivo del hombre argentino, es una cualidad destacable por la doble condición de regresar, en tiempos actuales, a la raíz de la raza, y por lograrlo desde su jerarquía intelectual de poeta, ensayista y crítico de arte, dimensiones que alcanzan, en la culminación de sus estudios, factores de ponderable validez documental. Es bien señalado que una literatura de esta índole es, también, en siglo de futuro, un testimonio de orden.” Y concluímos, finalmente: “Su trascendencia no se medirá hoy sino que se estimará en su máxima expresión cuando el país alcance plenamente sus objetivos intelectuales y sociales, regresando a su historia y a su tradicionalismo, no pintorescamente folklórico, sino esencialmente integrado en la realidad contemporánea, sin el vacío y hostil descarte de una herencia que honra al hombre y a su tierra.”

Sin pausa ni prisa, con la tenacidad del creador auténtico, León Benarós viene elaborando su obra. *El rostro inmarcesible* (1944) mereció el Premio Municipal de poesía, fue elegido el Libro del Mes y se le adjudicó la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. De 1950 es *Romances de la tierra*, al que seguirán *Versos para el angelito* (1958), *Romancero argentino* (1959) y *Décimas encadenadas*, que ya mencionamos. *El río de los años* (1964) tuvo el auspicio y el apoyo económico del Fondo Nacional de las Artes. Sin embargo, la consagración vino con *Memorias ardientes*, que obtuvo el Premio Nacional Provincia de Santa Fe, como obra

inédita, y el Premio Municipal de poesía, una vez editada (1970). No obstante, la obra literaria de León Benarós no se detiene allí. A él pertenecen *Urquiza* (1939), una monografía premiada; *El ñandú o avestruz americano*, *Antiguas ciudades de América*, *Los caudillos del Año XX* (todos ellos en colaboración con Emma Felce), *El Buenos Aires del 1900*, *Pájaros criollos*, *Miguel Carlos Vctorica* y *Lino Enea Spilimbergo*, aparte de varios estudios sobre Eduardo Gutiérrez y Juan Draghi Lucero, que introducen en la obra de los autores nombrados. En los últimos años lo hemos visto sobresalir exitosamente en la composición folklórica, a través de cantatas y canciones cuya difusión permanente en el país y en el exterior obvia cualquier comentario.

Pareciera exceder de la intención de esta nota, una reseña de la obra del autor que nos ocupa, como la que antecede. Es que no queremos desaprovechar la oportunidad de poner en el conocimiento de quienes no lo tienen, la importancia y la trascendencia de la labor creadora de un escritor argentino que, como pocos, ha vivido de frente al país. Con Benarós no sólo se mantiene sino que se acrecienta sólidamente aquella estirpe de cantores nativos que exaltaron las virtudes y costumbres de nuestra nacionalidad. Habría que rastrear en Hernández, en Del Campo, en Lugones más cerca, para intentar una aparente comparación que siempre resultaría parcializada, porque la voz personal, característica, esencial, de Benarós, no tiene parangón en nuestra literatura. La dignidad de su temática, la fortaleza de su conocimiento, la destreza y habilidad de su criollismo expresivo lo hacen impar dentro de las corrientes estéticas en boga. Pero a Benarós no le preocupa esa circunstancia, por otra parte simplemente anecdótica; al contrario, afina su verso, lo estiliza humanamente, rescata la sabiduría de una tierra a la que le promete y brinda fidelidad varonil y enamorada.



Romances paisanos es su libro más reciente y en él trata de los trabajos y oficios criollos. "He compuesto estos romances —advierte en el prólogo— con alma artesanal, como modela el pueblo su inocente alfarería. Los quiero pegados a la verdad, como la carne al hueso. Su desnudez persigue la intención y la gracia. Tal vez sean más para cantar y decir que para leer". Y he aquí el meollo de este clima en que nos introduce Benarós. Perdura en él una auténtica condición payadora. Benarós es poeta y conservador de contrapunto. Modula su pensamiento con ideas sentenciosas, clarificadas por un culturalismo dosificado, nunca despegado de lo telúrico. Quien tenga oportunidad de charlar con él u oírlo disertar, acordará con nosotros que su misma personalidad rezuma los jugos regionales y que en él se reflejan los hombres del país que viven más allá del cinturón conurbano al que nos ha ceñido el progreso tecnológico e industrial.

Los personajes de los romances de Benarós escapan en algo al tiempo: a la circunstancia, pero no a la realidad. Quien avance en el interior con ánimo de descubrimiento, encontrará todavía a estos hombres y mujeres arraigados a su zona, consecuentes y resignados con la mística de una conciencia pura y decantada, solidarios y fraternales en el ámbito familiar y vecindario, ajenos a las especulaciones del científicismo, la dialéctica y la politiquería. Seres cuyas constancias residen en su propia arquitectura, en la solidez de una existencia consagrada a la tierra, en la permanencia del espíritu añejado en el amor y la religiosidad. En la medida de sus posibilidades estos protagonistas transfieren sus conocimientos, sus habilidades; pero bien sabemos qué difícil es, cada día más, hallar a quienes quieran compartir el secreto de esas profesiones primarias, como así la imposibilidad de transmitir esa peculiar destreza a la que confluyen condicionamientos individuales e inalienables.

"Todos alaban un oficio llevado con honradez, el hacer de unas manos, el sentir florido, el alma limpia de los sueños", explica Benarós. La serie se inicia con el payador, figura legendaria y mítica de nuestro acervo nativo, al que se le dedicaron páginas memorables. Pero bueno es decirlo ya, el poeta no se limita a exponer el trabajo u oficio nominalmente, sino que lo denomina e individualiza en personas vivas o que lo fueron. José Santos Varela es quien

ya la inclinación
al contrapunto traía
y, en cuanta fiesta se armaba,
payaba por fantasía.

El resero

debe ser hombre tranquilo.
Para los trajines, duro.
Capaz de determinarse
en cualquier caso de apuro.

Benarós exalta a Bienvenido Tolosa, para quien

andar y andar fue su sino
de hombre sencillo, y decía
que resereando, tan sólo,
libre y dueño se sentía.

Aunque el trabajo es la ración del campo, siempre queda lugar para la fiesta. El guitarrero, en esos casos, es imprescindible. Entre los muchos y anónimos, que los hay, estuvo ese Ponciano Paredes, que

tuvo por las seis cuerdas
una pasión amorosa.
Los dos —él y su guitarra—
eran una misma cosa.

El pialador y el domador parecieron corresponderse en un mismo propósito: el caballo. El poeta nos cuenta de Pedro Galdós, para el que

pialar es toda su vida.
Que no le falte el gusto
de largar todos los rollos
y escuchar silbar un lazo.

y de Juan Chivico quien

más que por la poca paga,
por el gusto del oficio
un caballo hacia de un potro,
sin dejarle ningún vicio.

Juan Sosa oficia de rastreador y persistirá en ello a



punto tal que

poco antes de que sus ojos
dejaran de tener lumbre,
cargado de años, rastreaba,
por placentera costumbre.

De mozo fue domador ese Emerenciano Flores para
quien

es su pasión y su gusto
pasarse de enero a enero
entregado en alma y cuerpo
a su oficio de soguero;

y

habilidoso era el hombre,
y de casta le venía,
por nieto de portugueses,
maestros en platería;

recuerda a Cipriano Amarante,

pegado por puro gusto
a su banco de platero.

La mujer no permanece ajena a los menesteres criollos.
Benarós la rescata en tres actitudes realmente ecuáni-
mes. Juana Pedernera

teje ponchos de vicuña
o buenas mantas de llama;

a la telera

apartadita a la vez,
tan lejos de los humanos,
con su telar y su lana,
ella nomás y sus manos.

Aquella vida de desierto, vida sofocada frente al indio
y su dominio, bien la conoció Domitila Carrizo,

morochona, de ojos grandes
y de nobles sentimientos.

La cara, por descontado,
curtida por esos vientos.

Y, finalmente, la médica, suerte de comadrona y bruja,
a la que no podía achacársele otro interés que el hu-
mano

porque no ejerció su oficio
por lucro ni por dinero.

Petronila Tejada

se remedió como pudo
hecha al rigor y al coraje,
y aprendió a curar con yuyos
en esa pampa salvaje.

No hemos querido soslayar a cada uno y a todos,
de los actores que se pasean por estos *Romances paisanos* de León Benarós. El poeta los hace vivir en su
verso y les da claridad. Hace de cada figura un factor
protagonístico, como si el trabajo o el oficio se iniciara con
ellos. Demuestra así que su conocimiento del campo y
del habitante va mucho más allá de la noción superficial
y anecdótica. Benarós está impregnado de esa sustan-
cia étnica que reelabora en sus obras. Asimismo, hay
que señalar el modo discursivo de los poemas que re-
cuerda más a la relación que a lo meramente descrip-
tivo. Esta ubicuidad del poeta en la imaginaria y realidad
de la zona explorada es fundamental, porque revela
que no es ajeno a las manifestaciones regionales y que
está consustanciado con ellas más allá de la mera y es-
pontánea labor literaria.

Desde hace muchos años el canto nacional tiene a
León Benarós entre sus voces mayores, acaso una de
las pocas que analizan y describen nuestro destino
desde sus raíces autóctonas, superando el detrimento
del tiempo y rescatando lo verdadero e histórico para
legarlo a las nuevas generaciones. *Romances paisanos*,
trabajos y oficios criollos, señalan un estadio culmi-
nante en la bibliografía de León Benarós y un aconteci-
miento inestimable en el vasto territorio de las letras
argentinas.





Sobre el ojo blanco
se mezclan los ritmos
del oropel que tiembla.
El cisne
contonea la majestad de sus plumas
y confunde sus armonías
con el estao que palpita.
La noche grávida
se vuelve devota
en los campanarios de las catedrales;
las palomas
retornan a sus huecos
y los búhos
no se cansan de meditar.
En los ojos amarillos
penetra la yema de la luna.
Los ciervos
nerviosos
vigilan con sus linternas incansables,
mientras el puma
afila sus colmillos
deseosos de sangre.
El campo se muere
en la mortaja negra
y en los estanques
las estrellas juegan
saltando la cuerda.
No rompas el cristal
con tus arpegios de canario
y sólo percibe
los rumores que chocan
en el frágil juncal.

DOS POEMAS SIN NOMBRE

Hay ojos que sufren
el destierro
de los mil años,
y hay lágrimas que detienen
las inmensas compuertas de acero.
Sobre el caballo del desierto
flotan las arenas candentes,
y los pechos son soles
que doran el inmenso comal.
La serpiente
frota la sonoridad de sus crótales
derrochando callada sensualidad
y las moscas
se mueven perezosas
hastiadas de la placidez
del horno asfixiante.
El desierto es una brújula
sin aguja,
es un termómetro
que ha perdido
la candidez de su azogue;
es una isla donde se pierden
las más remotas esperanzas;
pero es también
el remanso de las olas,
que se pierden en el farallón
de las noches sin brumas. . .

Humberto Barba Loza
(mexicano)

Reflexiones en torno a Don Quijote

Armandino Pruneda

He leído **El Quijote** en mi infancia (casi pudiendo decir que aprendí a leer en él); lo he leído después en mis años de juventud; lo he vuelto a leer en la plenitud de mi vida; y todavía no me canso de leerlo al comenzar el ocaso de ella.

En cada una de esas épocas, he encontrado en **El Quijote** nuevas enseñanzas, nuevos aspectos de la obra inmortal. Si Don Quijote era en mi niñez lo que hoy es para los niños **El Capitán Márvel o Supermán**; si en mi juventud Don Quijote era el tipo romántico creador de fantasías, que convertía a zafias aldeanas en Emperatrices de la Mancha, haciendo de Aldonza la sin par Dulcinea del Toboso, y el que sentía el vano halago de creerse amado por Altisidora; si al frisar en los 35 veía en Don Quijote la más exquisita y pura de las espiritualidades en lucha perpetua con el burdo materialismo vulgar representado en Sancho Panza, es decir, la eterna dualidad del pensar y del sentir (el pensar y el sentir del hombre noble y leal que come para vivir o "vive muriendo", como el mismo Don Quijote decía, frente a los sentimientos puramente animales del estómago, el vulgo zafio que "vive para comer", como también a Sancho le dijo el ilustre Manchego); hoy, al frisar en los 50, para mí Don Quijote no es ya sólo el loco sublime que me hacía reír en la niñez, el caballero sin tacha, símbolo de toda la humanidad idealista y de buena fe, ya tan escasa, que lucha por imponer en la tierra un reinado de justicia, pero que tropieza constantemente con esas crueles realidades de molinos de viento, de piaras de cerdos, de tropeles de toros de Jarama, de mulantes, de Maese Pedros y de Ginesillos, que hacen fracasar los altruistas y desinteresados esfuerzos de los hombres de mente sana y corazón bien puesto.

¿Cómo no va a ser siempre nueva la lectura de **El Quijote** si vemos repetirse todas aquellas escenas de la obra inmortal, aunque adulteradas al través de los años, pues no en vano han pasado tres siglos? Luscinda ya no busca los sahumados billetes amorosos de Cardenio entre las hojas de un Amadís de Gaula, porque ahora las modernas Luscindas buscan los billetes con denominación de múltiplos de diez, aunque "olisquen a correoso", no entre las hojas de un Amadís, sino en la sala de algún cabaret nocturno; los títeres de Maese Pedro, ya no son movidos sobre un burdo tablado en pobres posadas del camino, sino entre imponentes oropeles de los escenarios cinematográficos; pero son títeres al fin. **Los molinos de viento, gigantes de cien brazos que dieran al través con Don Quijote, son ahora los poderosos organismos industriales o sindicales y los Estados totalitarios** (como la URSS y sus satélites), que también aplastan al idealismo del Quijote moderno... Y **¡todavía hay muchos Sanchos gobernando a las Naciones!** (Con perdón de ti, lo digo, Sancho, pues no tienen ni un adarme de tu sentido común).

Nueva es por lo tanto y en todo tiempo, la lectura de **El Quijote**: Ojalá continuara siendo el libro de cabecera de los pueblos del mundo, que tantas cosas nuevas encontrarían cada día a través de sus lecturas, a pesar de que haya dicho Lockhart, que "casi todo lo que un hombre sensato desearía oír sobre **El Quijote** se ha dicho y redicho por escritores cuya opinión sentiría repetir sin sus palabras, y cuyas palabras apenas me sería perdonado repetir".

Se queja Don Diego de que tiene un hijo que se embebe en la Poesía y a quien no es posible hacerle arrostrar las ciencias de las Leyes; y Don Quijote replícale, que si bien a los padres toca encaminar a los hijos desde pe-



queños "por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las cristianas costumbres", sin embargo, "en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será desdeñoso; y cuando no se ha de estudiar para **pane lucrando**, siendo tan venturoso el estudiante que le dio el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le vieran inclinado", porque hay que dejarlos caminar "por donde su estrella los llame". Es decir: la vocación es la base esencial del éxito en la vida y los padres deben dejar a sus hijos seguirla.

En estos tiempos en que todos buscan canonjías, y en que todos piden el apoyo ajeno para gobernar Islas Baratarias, podrían escuchar de Don Quijote la lección de que el hombre es hijo de sus obras, y de que la voluntad bien encaminada es la base del éxito.

Cuando se piensa en las tentaciones del mundo, y se teme caer en alguna de ellas, Don Quijote les dirá: "Yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato". O lo que es lo mismo: la integridad moral del sujeto es lo único que puede salvarle de mancharse en los lodazales del camino.

La imaginación de Don Quijote le hacía ver un castillo donde había una venta, y aupar las mozas del partido al rango de princesas; ver en aquellos pobres cómicos de la legua que venían de un pueblo a otro, sin tiempo para cambiarse las vestiduras del teatro, en aquellos recitantes, en fin, de la Compañía de Angulo el Malo, lo que sus vestimentas mostraban: reyes, emperadores, ángeles y demonios; aunque a tiempo rectificó (de tan pocas veces que rectificaba) y le dijo a Sancho que "es menester tocar las apariencias con las manos para dar lugar al desengaño".

Es decir, que no debemos dejarnos guiar

por las apariencias, y pensar, como se piensa en los modernos tiempos, que quien tiene cuatro galas porque la vida le ha deparado cuatro reales bien o mal habidos para comprárlas, esas galas hagan princesas de mozas del partido; o emperadores, de mulantes; o de comediantes, en fin, altos personajes en la vida social. Todas esas presunciones de la fatuidad y la vanidad humanas, no son más que una comedia, como decía Don Quijote:

"Pues lo mismo acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontífices, y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando el fin que es cuando se acaba la vida a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaba, y quedan iguales en la sepultura".

Y como Sancho le decía al heroico Manchego,

"Sepa vuesa merced de cierto que en todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante".

Pero los quijotes modernos no podemos desmayar en nuestra eterna lucha por el ideal romántico de libertad y de justicia, a pesar de los gañanes que encontramos en el camino: Estos también podrán quijotizarse un día, como Sancho se quijotizó a lo largo de su trato con El Caballero de la Triste Figura, y bien lo decía el "escudero andado", replicando a Don Quijote cuando satisfecho éste de sus razones le aseguraba que se iba haciendo cada día "menos simple y más discreto":

**"Sí, que algo se me ha de pegar de la
discreción de vuesa merced, que las tie-
rras que de suyo son estériles y secas, es-
tercolándolas y cultivándolas vienen a dar
buenos frutos: Quiero decir que la conver-
sación de vuesa merced ha sido el estiércol
que sobre la estéril tierra de mi ingenio ha
caído; la cultivación, el tiempo que ha que
le sirvo y comunico y con esto espero de
dar frutos de mí que sean de bendición,
tales que no desdigan ni deslicen de los
senderos de la buena crianza que vuesa
merced ha hecho en el agostado entendimien-
to mío".**

2

Leer **El Quijote** siempre es instructivo y de-
leitoso, no importa cuál sea la época de la vida
en la que hagamos esa lectura. **El Quijote** es
un símbolo viviente de todo lo bueno que hay
en el corazón humano, y tan fresco y lozano lo
encontramos hoy como lo encontraron nues-
tros tatarabuelos de hace 300 años. Dice Ma-
dariaga que "si bien Cervantes creyó (si es que
lo creyó) haber muerto los libros de caballería
con su **Don Quijote**, en realidad, los libros de
caballería no murieron más que en la forma,
muerte sólo debida a que cada edad requiere
formas nuevas; su espíritu no murió, ni morirá
mientras viva la especie humana"; y es que
en ese libro encontramos las tres razones típi-
cas y esenciales que animan el sentimiento
humano: Un concepto del amor como una pa-
sión de calidad exigente y absoluta, una casi
religión, en aras de la cual arrostran los hom-
bres toda suerte de peligros y quebrantan las
mujeres toda clase de convenciones sociales;
una libertad de imaginación que no soporta
ni aun las trabas del sentido común y busca
satisfacciones en los campos ilimitados de la

fantasía más extravagante; y por último, un
argumento a modo de carrera de obstáculos
en que el héroe y la heroína encuentran mul-
titud de ellos para llegar a culminar la apo-
teosis del triunfo, aunque en **El Quijote**, los
obstáculos de la heroína principal, de Dulcinea
del Toboso, son a base de encantamientos que
viven en la fantasía del Manchego, y los del
héroe, el noble caballero de la Mancha, son
la incomprendición que encuentra por doquier a
su ideal, la burla que de él pretende hacer
el mundo, y las peladillas de arroyo que le
dispararon los libertados de la Santa Heran-
dad, los estacazos de los yangüeses y tantas
y tantas otras amarguras que le depara el vul-
go ignorante y zafio.

La lectura de **El Quijote** nos revela además
el paralelismo constante entre lo esencial del
vivir en siglos idos y en el nuestro. Se inmortalizó a Don Quijote por sus fantasías y por lo in-
verosímil de las hazañas que revela su histo-
ria o su leyenda (como queráis llamarla); pero
en nuestros días ¿no se inmortalizan figuras
de pacotilla elevándolas a la categoría de su-
perhombres, como tanto títere del cine, tanto
nuevo rico como padecemos, o tanto politicas-
tro sin escrúpulos? Bien ha dicho Don Carlos
Pereyra que

"para gozar de una aceptación popular,
las anécdotas glorificadoras tienen que ser
inverosímiles y ridículas. El perfecto gran-
de hombre no tiene éxito a los ojos de la
muchedumbre hasta que se ha hecho de
él una imagen absurda".

Por otra parte ¿no es Don Quijote la figu-
ra más acabada del incansable defensor de
los menesterosos, de la verdad, de la liber-
tad, del Derecho, de la Justicia, en fin? El no
batalla **páne lucrando**, sino por el ideal en sí,



por los nobles fines de la Virtud. Su pureza es la pureza de la fe en los más altos valores humanos y divinos.

El verdadero jurista, ¿no debe ser precisamente un Don Quijote? ¿No debe anteponer esos valores de la verdad y del bien, de la libertad y de la Justicia, al endiablado "pancismo" del **pane lucrando**? He aquí la razón de ser de estas "Reflexiones" (si a tal llegan), que me hacen establecer un símil entre **El Caballero de la Triste Figura** y la profesión que hemos abrazado.

Leamos, pues, **El Quijote**, con dedicación, con reflexión, y también con el espíritu sencillo de la virtud y de la buena fe, y él nos proporcionará no sólo una filosofía de la vida, sino horas de grande amenidad e intenso placer espiritual.

3

Pero ¿hay realmente una filosofía en **El Quijote**? Como explicación de los fenómenos o conocimientos de la vida en sus múltiples funciones, reducido a teoría o sistema, desde luego no; pero hay en esa obra inmortal una profunda filosofía de la fe en el Ideal y en el triunfo de la Justicia; de la santidad del amor; de la **grandeza del sacrificio**; de la pureza de la Virtud; y, en fin, **de la lucha contra la adversidad** y del valor de la constancia hasta vencerla, que bien podemos decir que el libro inmortal contiene una gran filosofía, profundamente humana, de la Vida.

Para Sócrates, la filosofía era ciencia que tiene por objeto alcanzar o encontrar el elemento fijo y permanente que hay en las cosas particulares. Para Kant es ciencia teórica que indaga por los principios **a priori** de los objetos del conocimiento científico. Para una escuela moderna alemana, que tiene algún auge en la

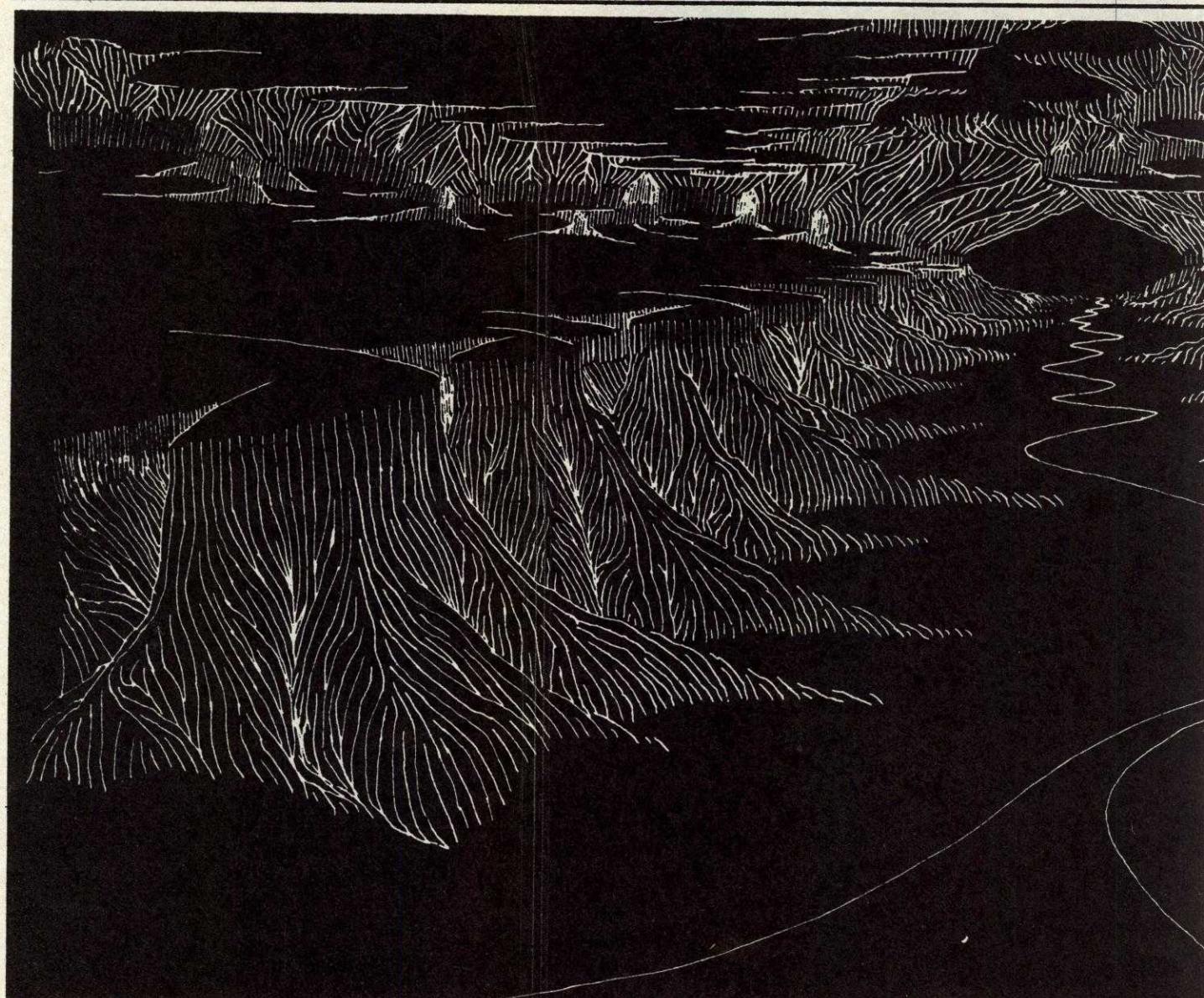
llamada Escuela de Madrid, representada en Morente, "no se puede decir qué es la filosofía", porque ésta es la Vida entera, y hay que vivirla, intuyéndola y sintiéndola, más que explicándola.

Pero en cualquier punto de vista que nos coloquemos, *El Quijote* encierra innegables aspectos filosóficos, tanto del conocimiento como del vivir. El primero y más destacado, revélase en una antítesis gigantesca: la lucha entre el conocimiento o la idea pura, que es Don Quijote, y el sentimiento o aparienciabilidad sensible, que es Sancho Panza. Antítesis ésta que se reduce a la síntesis de la quijotización de Sancho y la sanchificación del Caballero, que se van revelando en uno y otro con su diario machacar en la convivencia y el discurso.

El segundo punto de vista es la discusión de la **causa** de los actos y de los fenómenos: para el de la Triste Figura, son la voluntad creadora y las leyes físicas; para su escudero, es el Azar, la Fortuna, lo Desconocido, en fin.

He aquí la otra antítesis: Consecuencias lógicas de causas voluntarias o inmutables, y consecuencias absurdas de causas misteriosas. Y esta antítesis reducida a la síntesis de que Don Quijote, sujeto consciente y lógico que sostiene que nuestros sucedidos son hijos de nuestro obrar, y sin embargo cree en embrujos y encantamientos; mientras Sancho, que piensa en causas sobrenaturales ilógicas, no puede aceptar lo de la Jaula Encantada, la Cueva de Montesinos y el famoso Clavileño.

Y si la filosofía es la Vida misma con todos sus complicados ingredientes de amor, odio, celos, avaricia, quimeras, desenfrenos, flaquezas, ansias de poder y autoridad, vanidades, intereses materiales, altruismos, esfuerzos nobles y pensamientos villanos, etc., etc., ¿dónde encontrar todo eso mejor que en *El Quijote*? Y encontrarlo, no sólo como un retrato del Renacimiento, sino de todas las edades y épocas de la Historia, sin otra diferencia que la forma.



El elemento fijo y permanente que Sócrates pide; la causa, que introdujo Aristóteles y Kant tanto realzó; la Vida misma que reclama Morente... La Filosofía, en fin, allí la encontramos. Lo fijo y permanente es lo profundamente humano del pensar y del sentir que nos hermana; la causa eterna es el motor que nos mueve hacia fines también humanos, casi divinos en los refinados espíritus; y el vivir es la intensidad y variación infinita del pensamiento y del sentimiento, hechos uno al enjuiciarlos ante el umbral del Más Allá...

Por eso me atrevo a decir que **El Quijote** es también una obra de certera y honda filosofía.

4

En el aspecto lingüístico, **El Quijote** es de un inestimable valor, no sólo histórico, sino gramático y lexicológico. Sobre este tema dicté una conferencia el día 12 de octubre de 1947

en el Instituto Científico y Literario del Estado, con motivo de la Jornada Cervantina con la cual se conmemoró el Cuarto Centenario del nacimiento de Don Miguel de Cervantes Saavedra, y a ella remito a quien tenga interés; pero no está por demás hacer en este lugar un ligérísimo comentario.

Si se lee **El Quijote** con cuidado, se observarán los siguientes hechos lingüísticos:

I.—Cada personaje de Cervantes habla como quien es: El caballero, con lenguaje elegante, erudito a la vez; el pícaro, con una mezcla de germanía y vulgarismos; las mozas del partido, con dobleces y equívocos groseros; los venteros, con socarronería zafia; el vizcaíno, trastrocando la sintaxis; Sancho Panza, anegando de refranes y dichetes la conversación, además de adulterar y destruir la buena dicción.

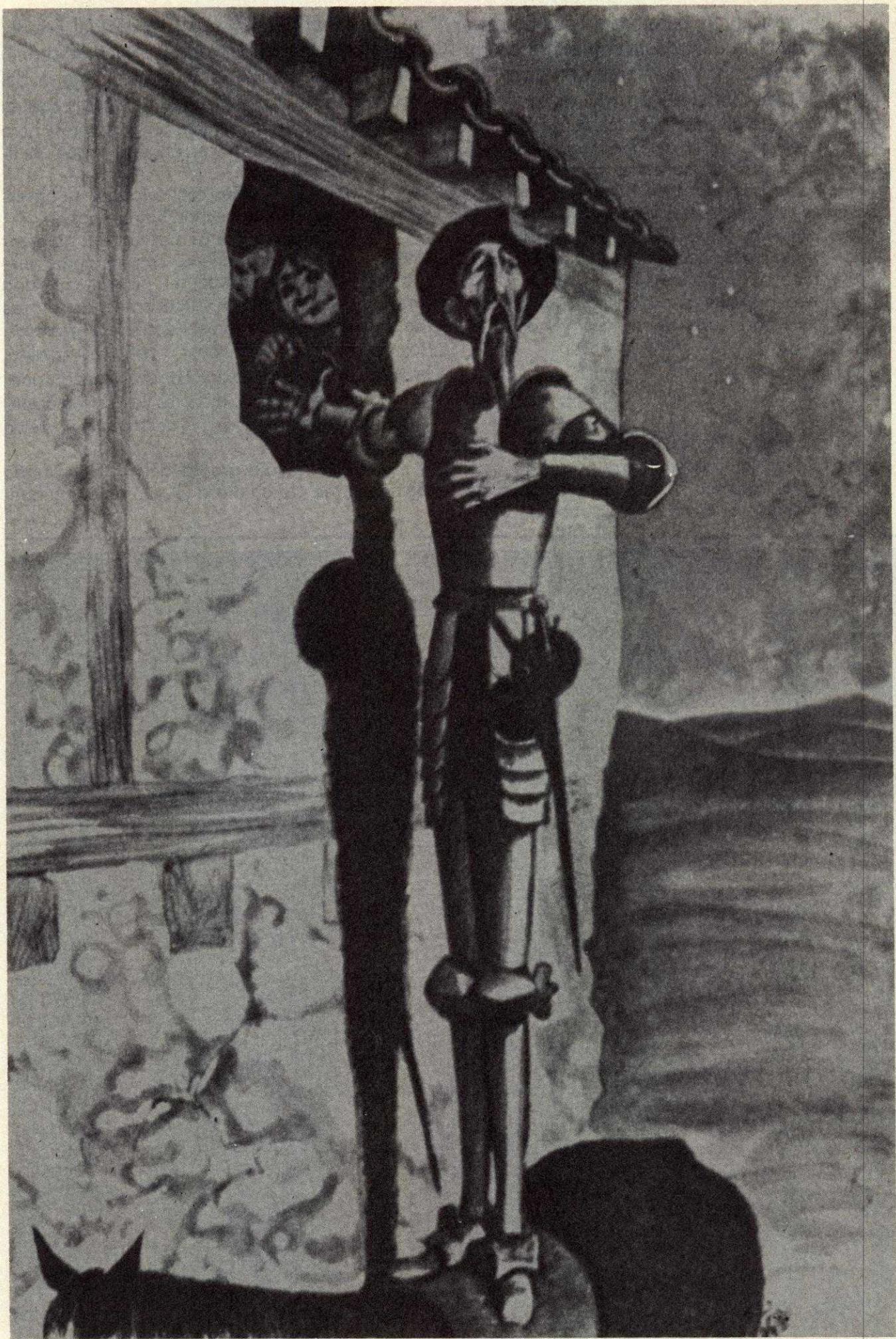
II.—El lenguaje propio del autor, cuando él habla, es claro, diáfano y limpio, pulqué-

►►

PANORAMA

En esta tarde sonámbula de espigas cuando el sol palidece sobre el lirio, se me escapa de los párpados el sueño, y contemplo el oro de los trigos. Se me evaden las ideas, lentamente, cual rebaño, a otros prados silenciosos, y en los surcos de la tierra, indiferentes, hay mil rostros de faunos lujuriosos. Este ambiente de horas calcinadas. Esta grulla de vuelo cadencioso. Este mar de oleajes rumoresos. Este canto de virgen inviolada. Se introducen en mi mente ya afiebrada. Se entremezclan en mis venas como un río. Y en la ruta de las cosas ignoradas hay un gesto de inmenso desafío.

Luis Espinoza Aliaga
(chileno)



rrimo y erudito, salvo algunos pocos lunares descuidados (¡bien sabe Dios en qué condiciones habrán sido escritos!).

III.—Todas las figuras lógicas y literarias tienen su sede en **El Quijote**: símil, antítesis, paradoja, epifonema, donaire, ironía, sátira, gradación, enumeración, descripción, etc., allí están espléndidas y bellas. Y todo ello con llaneza, con finura, con elegancia incomparable.

IV.—La riqueza de vocablos es grandiosa: ningún autor de cualquier tiempo y lugar ha sido tan copioso como Cervantes. Dice Max Müller que el Antiguo Testamento tiene 5,642 voces; que Milton usó unas 8,000 en **El Paraíso Perdido** y que Shakespeare escribió todas sus obras con unas 15,000 palabras. Cervantes empleó en **El Quijote** 9,380, y en todas sus obras unos 20,000 vocablos.

Dice un ilustre cervantista (Don Julio Cejador y Frausal) que el mérito del Príncipe de los Ingenios está "en haberse apropiado tan connaturalmente el habla vulgar y el habla erudita, y en haber derramado a manos llenas su tesoro, en un solo libro, tan a propósito y tan sin buscarlos, que cada vocablo y cada frase se encuentran como allí mismo nacidos, pudiendo decirse que el castellano de aquel tiempo es la lengua de Cervantes".

Cervantes engarzó el cúmulo de formas y de palabras con las cuales expresó los pensamientos y los sentimientos, con bizarria sin igual y con elegancia incomparable. Su lenguaje está lleno de refranes y locuciones familiares, de idiotismos locales y de andaluzadas, de dichos festivos, frases burlescas y equívocos, términos de jácara e hispanismos... y todo ello engarzado con la suprema belleza y la maestría del genio.

En estos tiempos, en los cuales de tanto leer en francés o en inglés, o de no leer nada,

se habla por los muchos tan pobre español, una excursión por **El Quijote** servirá para aprender y comprender el más bello y majestuoso de los idiomas.

5

La lectura de **El Quijote** nos revela a Cervantes como un gran atormentado, teniendo que enfrentarse a todos los prosaicismos de la pobreza, pisando cárceles y bodegones, cuando su espíritu era tan egregio que sólo en el Olimpo tuviera digno lugar. Vivir entre los miserables lodazales de la vida plebeya, luchando contra las pasiones y las villanías, tratando de encontrar un equilibrio mejor de las fuerzas sociales y de los egoísmos individuales: he ahí su gran tragedia.

Los personajes de su obra inmortal están entallados tan a lo vivo, que nos parecen reales: frívolos unos, pícaros otros, zafios y abyectos los de más allá, nobles y leales los menos. Y por encima de todos, destacándose con una estatura de gigantes, Don Quijote y Sancho Panza: aquél como paladín inigualable del Ideal Puro; éste como símbolo del vulgo rústico, mezcla de bonachón y desconfiado, de buen sentido práctico y de ignorancia, "tonto, aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco".

El Ingenioso Hidalgo todo lo reduce a una visionaria filosofía de un mundo espiritual más concertado y noble que el sensible, llevando siempre en el seso y en el corazón el ideal puro de la Virtud y la Libertad, que se traduce en afán inacabable de Justicia. Casi podemos asegurar que nos hallamos en presencia de una nueva Utopía.

Pero también estuvieron en el Reino de la Utopía, Platón con su **República** y en especial con **Las Leyes**; San Agustín, que convirtió aqué-



EL INGENIOSO
HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA
MANCHA.



36

lla en **La Ciudad de Dios**; Tomás Moro, con la **Utopía** propiamente dicha; Tomás Campanella con la **Imaginaria Ciudad del Sol**; Francis Bacon con **Nueva Atlántida**. . . Y utopistas fueron Owen, Saint Simon, Fourier, y aun Kant con **La Paz Perpetua**. Bellos y maravillosos ideales de organización social donde todo es dulzura, mansedumbre, alegría sana; donde no hay egoísmos ni envidias; donde reina una paz y una santidad que nada ni nadie esturian o desazonan. . .

¿Y no fueron utopistas también Juan Luis Vives, y Alfonso de Valdés, y el franciscano Padre Zumárraga, y Don Vasco de Quiroga, y en general casi todos los pensadores del Renacimiento? Según cita de Eugenio Imaz, que da la autoridad del ilustre historiador Silvio Zavala: "Vasco de Quiroga escribió al Real Consejo de Indias un parecer, que no obtuvo respuesta, en el que proponía el régimen de **Utopía** como modelo para reorganizar todas las Américas, que ya estaban siendo incorporadas al cristianismo".

En ese ambiente renacentista de grandes ensoñaciones y quimeras de los siglos XV al XVII —resurrección del Humanismo y, con él, de los más altos valores grecolatinos— gestóse también Don Quijote. No podía, por lo tanto, ser sino un utopista, en el sano sentido de visionario luminoso de nobles ideales caballerescos y románticos tendientes a la realización de una Etica y de una Estética Puras, más allá de los sujetos y de los objetos sensibles que le rodeaban y entre los cuales se movía. Porque el utopismo renacentista es un imperativo de los espíritus cultivados, de acercarse más y más a la **Utopía**, hasta alcanzar su culminación

De ahí la sinceridad del romanticismo de Don Quijote, y su fervoroso amor a la Justicia. Este es otro de los aspectos que nos revela la lectura de su historia, y el más importante para

el objeto especial de las **Reflexiones** que adelante seguirán.

Nació el Ingenioso Hidalgo en ese ambiente propicio a sus valerosas aventuras, al parecer para servir de simple entretenimiento a lectores heterogéneos; pero es el caso que tanto él como su escudero, no se han contentado con vivir un par de horas ante cada lector, sino que, quien los conoce, no suelta ni abandona ya su compañía mientras viva:

“son realidades más hondas —como dice Ramiro de Maeztu— que las de muchos seres de carne y hueso”.

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De Sao Paulo

No sabe cómo le agradezco el envío de su libro Intento de Psicoanálisis de Juana Inés, que devoré rápidamente, pasando momentos de agradabilísimas impresiones.

Sus ideas nos enriquecen sobre la, por lo general, incompleta imagen conocida de la incommensurable dimensión de Sor Juana Inés de la Cruz, tanto como respecto de su obra literaria de la que (confieso tristemente mi ignorancia) apenas conocía "A su retrato" y aquellas redondillas que empiezan: "Hombres necios, que acusáis...", poemas ambos incluidos en la publicación The Oxford Book Of Spanish Verse (Oxford 1965).

Pero me fascinaron sobremanera la forma como aprovechó el pensamiento y orientación de Bergler y las conclusiones personales que usted apunta en su trabajo y que le dan un valor científico poco común en estudios de este género donde las cosas van, por lo general, más a la ligera, cuando los autores no se dejan llevar por los grandes faldones clásicos y consabidos en su definición sobre obras literarias ya sobradamente prejuzgadas. Creo que su "intento" de psicoanálisis está perfectamente logrado y se mantiene como una verdadera pesquisa, tanto en el orden puramente interpretativo de los textos propuestos, como en el estudio apurado de la personalidad de esa monja cuyas riquezas (humana y literaria) se nos muestran tan a la vista en su trabajo.

Mario García-Guillén

De Chilecito, La Rioja,
Argentina

JGracias! Qué gran libro me ha regalado usted con ese Intento de Psicoanálisis de Juana Inés. El será orgullo de mi biblioteca. Su profundo y minucioso estudio psicológico de la gran poetisa mejicana, a través de su inefable obra, hame brindado ocasión de afirmar la ya excelente impresión que yo tenía del talento de Juana de Asbaje. Cuántos hermosos y acertadísimos pasajes en el libro de usted, que por temor a redondar no transcribo. Permita que me refiera al menos al que dice: "Si acaso algún lector...", que está en la página 111, y a ese broche de oro del final, que empieza tan bellamente: "Viajero, cuando de paso a Nepantla te encuentres con el Iztacihuatl..."

Me ha deparado momentos de verdadera emoción y deleite su libro, que volveré a leer más detenidamente. Gracias, repito, por el buen regalo y el placer sentido.

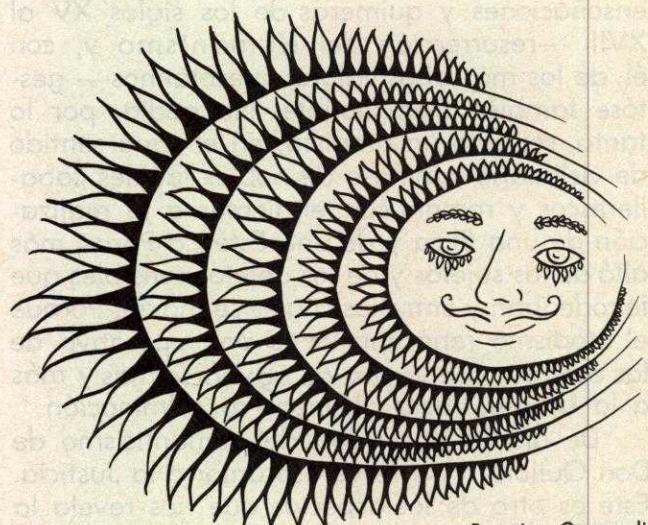
José Rexach

De Buenos Aires

Hubiese sido honor y gusto saludar al Director de la Revista NORTE, para mí la más hermosa e importante de las grandes culturales de América Latina. Es un verdadero regalo espiritual para acercarse a México; en ella, arte, vibración de vida a través de siglos; con cada número llegado a mí, me reprochaba a mí misma el deber de agradecer ese regalo de alta generosidad.

Pertenezco como miembro de número a la Secretaría de Actas, diez años en la Academia Argentina de la Historia, de ocho instituciones de arte y cultura.

Justa Gallardo de
Zalazar Pringles



Berenice Garmendia



Los negocios
no son una finalidad
en sí mismos.
Son el esfuerzo
para obtener
las bases
materiales
sobre
las cuales
los pueblos
pueden construir
una vida amplia
de ilimitados
horizontes espirituales.

Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA